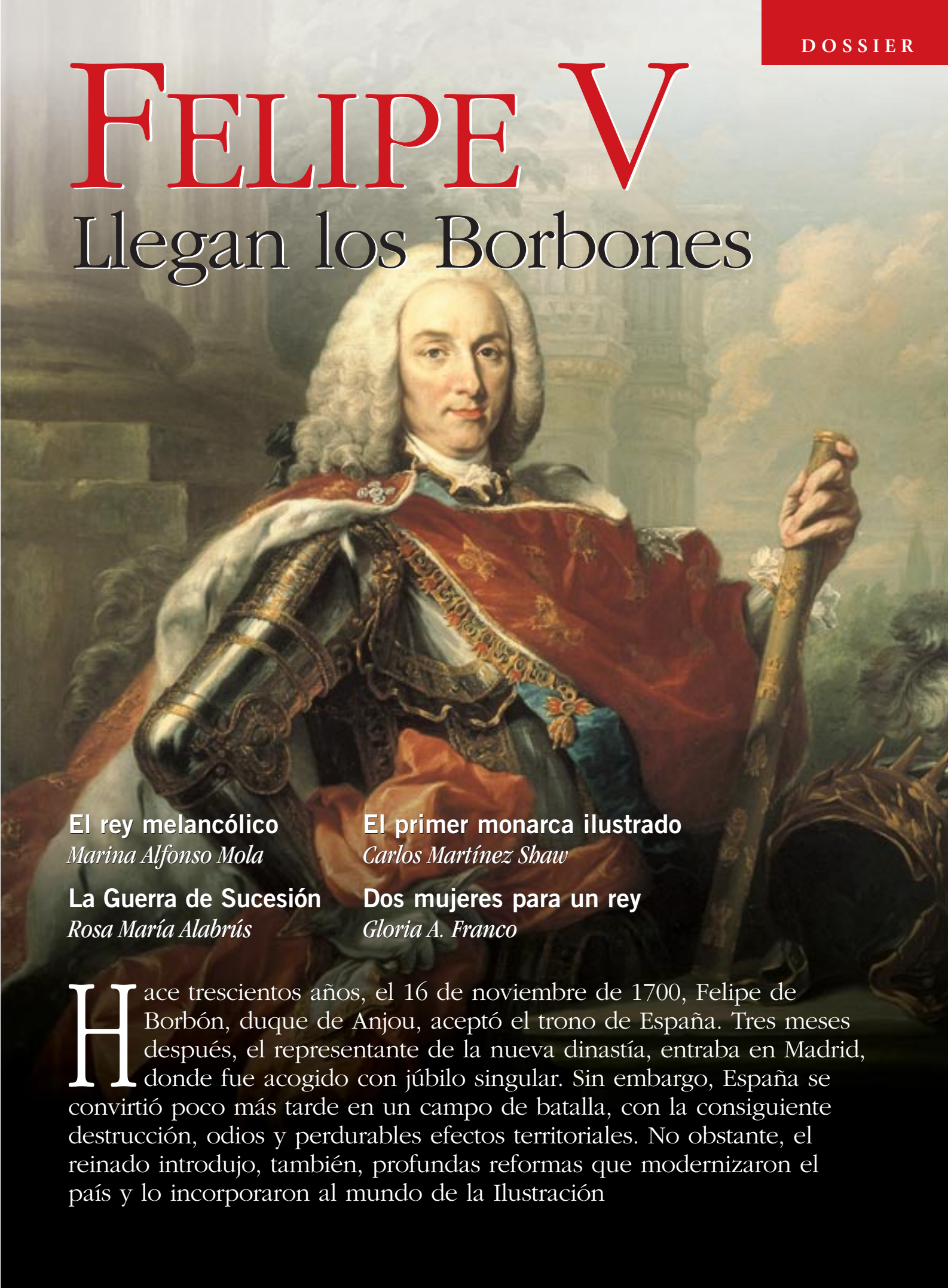


FELIPE V

Llegan los Borbones

A full-page portrait of Felipe V of Spain, the first Bourbon monarch of the Spanish throne. He is depicted from the waist up, seated and facing slightly to the right but looking towards the viewer. He has long, wavy white hair and a serious expression. He wears a dark blue coat with a wide red collar and a red sash. His right arm is in ornate armor, and he holds a sword hilt. The background is a soft-focus landscape with classical architecture.

El rey melancólico

Marina Alfonso Mola

El primer monarca ilustrado

Carlos Martínez Shaw

La Guerra de Sucesión

Rosa María Alabrús

Dos mujeres para un rey

Gloria A. Franco

Hace trescientos años, el 16 de noviembre de 1700, Felipe de Borbón, duque de Anjou, aceptó el trono de España. Tres meses después, el representante de la nueva dinastía, entraba en Madrid, donde fue acogido con júbilo singular. Sin embargo, España se convirtió poco más tarde en un campo de batalla, con la consiguiente destrucción, odios y perdurables efectos territoriales. No obstante, el reinado introdujo, también, profundas reformas que modernizaron el país y lo incorporaron al mundo de la Ilustración

El rey melancólico

Aunque mal preparado para dirigir un Imperio en apuros, Felipe V se ganó el calificativo de *animoso* en la labor de gobierno durante sus primeros años de reinado; hacia 1717 comenzaron sus depresiones, que le indujeron a dejar el trono y acabaron llevándolo al extravío

En la portadilla del dossier, **retrato de Felipe V**, cuando contaba alrededor de 60 años (por Louis-Michel van Loo, Real Sitio de La Granja de San Ildefonso, Segovia). En esta página, **Luis, Gran Delfín de Francia, padre de Felipe V**, y **Luis XIV, rey de Francia y abuelo del primer Borbón español** (ambos retratos son obra de Hyacinthe Rigaud; el primero se conserva en el Museo Nacional de los palacios de Versalles y de Trianon; el segundo, en el Palacio Real de Madrid). Como pase del dossier se utilizan la leyenda y el escudo que figuran en el anverso de una onza, una de las primeras monedas acuñadas bajo Felipe V; obsérvense las flores de lis de la casa de Borbón en el cuartel central del escudo.

Marina Alfonso Mola

Profesora de Historia Moderna
UNED Madrid

LA HISTORIOGRAFÍA NO ha sido benévola con Felipe V. Casi todos sus biógrafos han insistido en su natural melancólico, en su ánimo concupiscente, en su debilidad de carácter, en sus escrúpulos religiosos y en algunos otros aspectos negativos, como el desapego hacia sus servidores o el duradero rencor hacia sus enemigos. Ahora bien, si quedan fuera de toda duda la permanente tendencia del soberano a la depresión y las periódicas muestras de desequilibrio mental, así como su continuo recurso al confesor para aliviar la obsesiva inquietud de una conciencia estrecha, todos los demás puntos precisan de una discusión pormenorizada.



Felipe, *petit-fils de France*, duque de Anjou, hijo de Luis, Gran Delfín de Francia, (hijo de un rey y padre de dos reyes, pero que nunca pudo reinar) y de María Ana Cristina Victoria, princesa electora de Baviera, y nieto de Luis XIV y de María Teresa de Austria (a quien debía los derechos sucesorios a la corona española), nació el 19 de diciembre de 1683 en el suntuoso palacio de Versalles, en el marco de una pomposa corte dominada por la resplandeciente figura del Rey Sol. Aunque recibió inmediatamente el agua de socorro –*ondoiment*– para preservar su alma del limbo, Felipe no sería bautizado con la solemnidad requerida hasta más de tres años después, el 18 de enero de 1687.

Seguidamente, de acuerdo con las estrictas normas vigentes en la corte versallesca, fue entregado a las nodrizas para ser amamantado. Después,



su infancia transcurrió entre ayas y preceptores y su adolescencia estuvo regida por profesores y tutores, cuyo programa pedagógico incluía la formación intelectual y el entretenimiento físico tendente a la preparación como soldado a través de la práctica de juegos al aire libre (combinando la estrategia y el esfuerzo corporal), del uso de las armas de fuego y de los ejercicios de equitación y de natación.

Así, Felipe vivió unos primeros años solitarios y fríos, creció en un mundo de desamparo y desapego familiar, que predispusieron su ánimo a la ti-

midez y la depresión. Sin embargo, tuvo la fortuna de encontrar parte del cariño que necesitaba en algunas personas. Isabel Carlota, *Madame Palatine*, duquesa de Orleans, le cobró afecto, le contó cuentos y le llevó a ver comedias, al tiempo que bromeaba con él, diciéndole que parecía más austro que borbón y llamándole premonitoriamente *mon petit roi d'Espagne* por su porte carente de la arrogancia versallesca. Su médico, Helvecio, se interesó por las tendencias depresivas de su joven paciente y trató de buscar la raíz de su melancolía y el remedio para sus mareos y desmayos.

Arriba, Felipe V (por Rigaud, Museo Nacional de los palacios de Versalles y de Trianon). Este retrato fue pintado en noviembre de 1700, poco antes de la salida hacia España del nuevo rey para ocupar el trono. Abajo, escopeta que perteneció a Felipe V (litografía, siglo XIX).





Arriba, **María Luisa Gabriela de Saboya (1688-1714), primera esposa de Felipe V (por Miguel Jacinto Meléndez, Madrid, Museo Cerralbo)**. Abajo, **el pretendiente austriaco, archiduque Carlos, al que se titula Carlos III, rey de España (Madrid, Biblioteca Nacional)**.

Madame de Maintenon, *la esposa secreta* de Luis XIV, también se preocupó por el desvalido duquesito, recomendando el nombramiento como su preceptor de Fénelon, ya famoso pedagogo y director espiritual. El futuro arzobispo de Cambrai se tomó muy en serio sus obligaciones, dando a su pupilo una sólida formación literaria (que derivaría hacia el coleccionismo de libros y la constitución de bibliotecas), así como también una norma de conducta rigurosa y segura basada en un ferviente religiosidad, que no obstante pudo ser la base del excesivo escrúpulo religioso del monarca español.

Designado titular de la Monarquía Hispánica por el testamento de Carlos II, Felipe hubo de afrontar las responsabilidades del más extenso reino de la Cristiandad, un reto para el cual no estaba preparado. Dispuesto, sin embargo, a cumplir con su deber, Felipe cruzó la frontera el 22 de enero de 1701 e hizo su entrada en Madrid el 17 de febrero siguiente. En esta época su figura respondía al retrato de Hyacinthe Rigaud, que lo pinta como un adolescente lozano, gentil y gallardo, embutido en un anticuado traje negro español. Y, también, a la famosa descripción del marqués de

San Felipe, ponderando la favorable impresión causada a sus nuevos súbditos: "llenóles la vista y el corazón un príncipe mozo, de agradable aspecto y robusto, acostumbrados a ver a un rey siempre enfermo, macilento y melancólico".

Esta imagen iba a perdurar en la retina y el ánimo de los contemporáneos por más de una década. En efecto, el rey dio pruebas en estos años de estar a la altura de las circunstancias en todos los sentidos, sucesivamente como político prudente, como esposo enamorado, como soldado valeroso y como convencido defensor del trono que le había correspondido en legítima herencia. Fue, en efecto, prudente en las Cortes de Barcelona de 1701-1702; se comportó como un joven enamorado nada más conocer a su esposa, María Luisa Gabriela de Saboya, en Figueras; mostró su valor en las jornadas de Italia, de Extremadura y de Cataluña y no escatimó ningún esfuerzo ni aceptó ninguna componenda en la preservación íntegra de la Monarquía Hispánica, íntimamente persuadido como estaba de la justicia de su causa y, en consecuencia, de la ayuda que no podía dejar de dispensarle la providencia. Fueron años de prueba en los que se ganó merecidamente el apelativo de *Animoso*.

En esos mismos años, hubo de enfrentarse con las tareas de gobierno y con las intrigas de la Corte, dos ámbitos de actuación con los que no estaba familiarizado. Sin embargo, las lógicas vacilaciones iniciales fueron dando paso paulatinamente a una mayor seguridad en la toma de decisiones y en el manejo del mundillo palatino. También tuvo que sufrir la tristeza de la pérdida de su joven esposa —muerta de tuberculosis en 1714— y cumplir con el deber de contraer segundas nupcias, aunque el rey volvería a encontrar en Isabel Farnesio una compa-



ñera adecuada a sus deseos, a la que amaría siempre y con la que hasta su muerte alcanzaría un alto grado de compenetración.

Crisis de melancolía

Sin embargo, a partir de entonces, no todos los años de su vida transcurrieron en el clima de felicidad de los primeros momentos. Desde 1717, se recrudeció su tendencia depresiva, que la reina trató de contrarrestar con una dedicación que se convirtió en una de sus principales tareas como esposa y como soberana. Los remedios principiaron por la construcción de una hermosa residencia para alejarse del tráfago cortesano y ahuyentar en una amena soledad el fantasma de la melancolía: el palacio de La Granja, que Teodoro Ardemans empezó a edificar en 1720. Los primeros años pasados en

FELIPE V LLEGA A MADRID

Pese a la política desplegada para lograr que Carlos II declarase heredero a su nieto Felipe de Anjou, Luis XIV tuvo dudas sobre la aceptación de la corona de España una vez que conoció oficialmente el testamento, firmado por el agonizante rey en la tarde del 3 de octubre de 1700: "Declaro ser mi sucesor (en el caso de que Dios se me lleve sin dejar hijos) el duque de Anjou, hijo segundo del Delfín de Francia; y, como a tal, lo llamo a la sucesión de todos mis reinos y dominios sin excepción de ninguna parte de ellos". Finalmente, Luis XIV ordenó dar al Consejo de Estado español -encargado del Gobierno en el interregno- una respuesta afirmativa el 12 de noviembre.

El 16, marqués de Castellodorus, embajador español en París, presentó, rodilla en tierra, su aceptación como rey a Felipe de Anjou, que contaba 17 años. Se asegura que en su breve discurso, Castellodorus pronunció la famosa frase: "Ya no hay Pirineos". Como el heredero no sabía castellano su abuelo, Luis XIV, respondió al diplomático español, terminando su alocución con unas palabras para su nieto: "¡Sed un buen español!". Los dos semanas siguientes las empleó el nuevo monarca a enterarse de los asuntos de España y en esa época le retrató Hyacinthe Rigaud con un sombrío atuendo estilo de la corte de Madrid. El 4 de diciembre se despidió de su abuelo y partió hacia España, donde entró el 22 de enero de 1701, pero hasta el 18 de febrero no entró en Madrid... Un largo viaje que se prolongó 76 días —en jornadas de camino que oscilaban entre los 25 y los 35 km.— a causa del mal tiempo y de las múltiples recepciones que se le tributaron en Francia y, sobre todo, en España.

Las ocho semanas transcurridas entre la llegada y su recepción oficial en Madrid el 14 de abril se dedicaron a preparar el viejo Alcázar de Madrid para el nuevo Rey, que pronto fue calibrado por los cortesanos como un joven tan piadoso como abúlico, tan casto como melancólico, tan educado como perezoso. El 8 de mayo se efectuó su solemne jura como rey y ya para entonces circulaban por Madrid las primeras coplillas:

*"Anda niño anda
Porque el Cardenal lo manda".*



la nueva residencia restauraron el ánimo del rey, como puede observarse en el retrato cortesano pintado en 1723 por Jean Ranc, donde aparece en una airosa actitud, presidiendo una escena militar con paisaje agreste, cielo nuboso y destacamento de caballería al fondo.

Un año más tarde, sin embargo, el rey optó por ir aún más lejos en su búsqueda de quietud espiritual y adoptó una de sus resoluciones más sonadas, la abdicación en su hijo primogénito, Luis. Se ha querido interpretar de maneras bien distintas una decisión de tal calibre. Unos se han conformado con la declaración del propio soberano, que confesaba su voluntad de retirarse junto con la reina a cuidar de la salvación de su alma, literalmente, según un documento de 1720 donde ya manifestaba sus intenciones, a *penser uniquement à notre salut et à servir Dieu*. Otros han querido ver como trasfondo su ambición personal de convertirse en rey de Francia tras la renuncia a la corona española, según rezaba una ingeniosa sátira que ponía estos secretos anhelos del monarca en parale-

Felipe V jura como rey de España en la iglesia de los Jerónimos de Madrid, el 8 de mayo de 1701 (Madrid, Museo Municipal de Historia)





lo con las apetencias de su antiguo valedor, el obispo Luis Belluga, de ser papa:

*“Nadie en el mundo se escapa,
nadie renuncia por Dios;
renuncia un rey por ser dos
y un obispo por ser papa.
La política lo tapa,
pero en lance tan severo
conocerá el más sincero
que está la razón de Estado
entre el cetro y el cayado
engañando al mundo entero.
En tan grande novedad
luce la similitud,
pues si el rey busca la virtud,
el obispo santidad,
uno y otro en realidad
se miden por un nivel:
pues hacen acción tan fiel
por ser, cuadre o no cuadre,
éste, Santísimo Padre,
Rey Cristianísimo aquél”.*

La razón más plausible debió ser su deseo de una vida sosegada, de su anhelo de vivir “como un caballero particular”, rodeado exclusivamente de sus más íntimos y de sus fieles servidores.

En cualquier caso, Felipe V hubo de asumir por segunda vez el trono tras la rápida muerte de Luis I, el mismo año de 1724. Con el retorno a la vida ordinaria de la corte, la melancolía volvió de nuevo a hacer mella en su espíritu y la reina hubo de pensar soluciones imaginativas para aliviar a su regio esposo. La jornada de Extremadura (1729) y, sobre todo, el llamado *lustro real* de Sevilla (1729-1733), que llevó a la corte a la capital andaluza, fueron otras tantas medidas que debían de servir de lenitivo para el atribulado ánimo del rey.

Allí, el rey pudo disfrutar de toda una serie de



fiestas y visitas (Catedral, Casa de la Moneda, Fundición de Artillería) y entregarse a sus pasatiempos favoritos, la pesca en el Guadalquivir y la caza en los alrededores de la ciudad. Al mismo tiempo, se le organizaron excursiones, como la realizada a Cádiz para presenciar la arribada de la flota de Tierra Firme y la escuadra de Azogues, e incluso estancias más prolongadas, como los cinco meses pasados en Granada o los veraneos en El Puerto de Santa María.

Sin embargo, Felipe no se restableció de modo duradero, sino que por el contrario, entró en 1730 en uno de sus períodos de más negra melancolía. En esa época, se produjeron las manifestaciones más extremadas de su desequilibrio, repetidas una y otra vez por sus biógrafos. Obligaba a la corte a alterar completamente los horarios, cambiando el ciclo del día y la noche: celebraba sus reuniones con los ministros entre las once y las dos de la madrugada, cenaba al término de la sesión, se acostaba a las siete de mañana, se levantaba a las tres, oía misa a las cuatro y almorzaba a continuación. Y, más grave, descuidaba su aseo personal, no se afeitaba, usaba siempre la misma camisa por temor a que trataran de envenenarlo con otra prenda... Intentaba montar los caballos representados en los tapices; se creía muerto y lanzaba espantosos alaridos; volvía locos a los cortesanos proponiéndoles disparatados acertijos...

Retorno a La Granja

Tal estado de profunda depresión sólo cedería gracias a la acción saludable que ejercieron sobre su ánimo el regreso a la tranquilidad de La Granja, la estabilidad política lograda por José Patiño al frente del gobierno y la llegada a la corte del *castrato* Carlo Broschi, el famoso Farinelli, cuya amena compañía y prodigiosa voz de soprano obraron el milagro de ahuyentar los persistentes vapores que oscurecían la mente del soberano, que permanecía horas enteras escuchando arias y minuetos a cargo de su protegido y de un trío de cámara (Porretti, violoncelo; Terri y Ciani, violines) que protagonizaron verdaderas sesiones de irremplazable terapia.

A partir de 1741, recayó paulatinamente en la enfermedad, cuyos estragos fueron perceptibles in-

cluso en su propio físico, como se transparenta en el famoso retrato de familia de 1743 de Louis-Michel Van Loo, pese al sutil tamiz halagador que vela la escena. Con alternativas lúcidas y sombrías, el rey se encaminó a su muerte, que le sobrevino en el palacio del Buen Retiro, causada por una congestión cerebral, en la madrugada del 8 al 9 de julio de 1746. Sus restos mortales fueron conducidos desde Madrid hasta el panteón real de La Granja, que los esposos habían preferido al monasterio de El Escorial.

Los testimonios recogidos por diversos observadores no dejan lugar a dudas sobre la tendencia patológica del soberano hacia la melancolía, que a veces degeneraba en verdaderos accesos de apatía y misantropía, que llegaban a producir la desespera-



Página izquierda, Farinelli, coronado por Euterpe (musa de la Música) y pregonado por la Fama (por Jacopo Amiconi, Bucarest, Muzeul National de Arta al Romanei). Arriba, entrada de Felipe V en Sevilla, en 1729 (calcografía. Francisco Joseph de Blas, Sevilla, Fundación Focus). Abajo, Isabel Farnesio (por Van Loo, Palacio de La Granja, Segovia).

CRONOLOGÍA

1683. Nace en Versalles el 19 de diciembre, segundo hijo del Gran Delfín y de María Ana Cristina de Baviera. Se le otorga el título de Duque de Anjou.
1700. Nombrado heredero de la corona española, como bisnieto de Felipe IV, por testamento de Carlos II, es proclamado Rey de España el 24 de noviembre.
1701. Jura su investidura ante las Cortes castellanas (8 de mayo) y recibe en Figueras a su esposa, María Luisa Gabriela de Saboya. Reúne a las Cortes catalanas.
1702. En Italia, obtiene las victorias de Santa Vittoria y Luzzara. Comienzan a manifestarse en el rey crisis de melancolía.

1704. El archiduque Carlos entra en España y da comienzo la Guerra de Sucesión, verdadera guerra civil entre las Coronas de Castilla y Aragón.
1706. Las fuerzas angloportuguesas que apoyan al Archiduque ocupan Madrid.
1707. Decisiva victoria de las tropas borbónicas en Almansa. Nace el infante Luis, futuro rey Luis I.
1710. Victorias austracistas en Almenara y Zaragoza. Victorias borbónicas en Brihuega y Villaviciosa. El Archiduque sube al trono imperial tras la muerte de su hermano. Ingleses y holandeses abandonan la lucha. Solamente los catalanes deciden combatir hasta el final.

1713. Tratado de Utrecht. Nace el infante Fernando, futuro rey Fernando VI. Establecimiento de la Ley Sálica.
1714. Paz de Rastatt. Ocupación de Barcelona. Implantación de los decretos de Nueva Planta. Muere María Luisa de Saboya. Boda con Isabel Farnesio. Privanza del cardenal Alberoni.
1716. Nace el infante Carlos, futuro rey Carlos III.
1719. Guerra con Francia. Caída de Alberoni.
1724. Felipe V abdica (10 de enero) en su hijo Luis y se retira a La Granja. Efímero reinado de Luis I (15 enero-31 agosto) y retorno de Felipe al trono.

1725. Privanza del barón de Ripperdá.
1728. Durante su estancia en Sevilla, el rey manifiesta trastornos mentales.
1729. Tratado de Sevilla. Patiño, primer ministro hasta 1736.
1733. Firma en El Escorial del Primer Pacto de Familia con Francia.
1734. El marqués de Montemar conquista Nápoles y Sicilia.
1743. Firma en Fontainebleau del Segundo Pacto de Familia.
1745. Conquista de Milán, Parma y Piacenza.
1746. Bloqueo naval británico. Derrotas españolas en Italia. Muere Felipe V, el día 9 de julio.

Felipe V halló en La Granja el lugar adecuado para sus aficiones cinegéticas y para el reposo de su atormentado espíritu. En el magnífico palacio que erigió allí, su esposa, Isabel Farnesio, reunió magníficas colecciones de obras artísticas, como este óleo *Jesús expulsa a los mercaderes del Templo* (por Giovanni Pannini, sala de lacas, Real Sitio de La Granja).

ción de cortesanos y servidores, aunque tales episodios críticos podían entremezclarse con otros períodos de euforia. Felipe sufrió a lo largo de su vida pasajeros eclipses mentales, durante los cuales se entregaba a acciones de auténtica insania. Estos episodios se hicieron más frecuentes a medida que transcurrieron los años, aunque con todo la década de los treinta fue relativamente benigna tras la crisis sevillana y hasta el último momento fue capaz de seguir la vida política y de cumplir con sus deberes como monarca.

También está demostrada su intensa actividad erótica, su asidua frecuentación del lecho de sus dos esposas, una conducta que ha sido calificada invariablemente de modo peyorativo como incontrolada inclinación libidinosa o como reprensible incontinencia sexual. Sin embargo, en este caso una valoración favorable podía enfatizar su condición de amante ardoroso, cumplidor complaciente del débito conyugal y, desde luego, de esposo fiel –incapaz de ninguna aventura extraconyugal, como demuestra su irritación ante cualquier propuesta de este tipo formulada por algún cortesano más permisivo– y enamorado, tanto de su primera consorte como de la segunda, según todos los testimonios, siempre coincidentes. Además, el fruto fue la numerosa descendencia, en lo cual no hizo sino atenerse a sus obligaciones como soberano y a sus convicciones como cristiano.

¿Juguete de sus esposas?

Estas cualidades han dado lugar a una nueva acusación, la de someterse ciegamente a los dictados de sus sucesivas esposas, en especial a los de Isabel Farnesio, cuya palabra llegaría a ser la única válida en la corte del primer Borbón. Es este un extremo, sin embargo, que conviene matizar, pues fueron muchas las veces en que a la hora de adoptar una decisión solemne –como, por ejemplo, la de su abdicación– el rey impuso sencilla y llanamente su voluntad a la reina. Incluso en la tan aireada cuestión de la sumisión de la política internacional a los dictados de la parmesana, hay que argumentar que los intereses nacionales y dinásticos –si es que había distinción entre ambos– marchaban en el mismo sentido que

el deseo maternal de dotar de territorios italianos a sus vástagos.

Ciertamente, los escrúpulos religiosos de Felipe fueron enfermizos, pero también fueron muchos los contemporáneos que alabaron su sincero catolicismo, así como su voluntad de actuar siempre justamente con todos los que le rodeaban. Y en el mismo sentido, nada demuestra la imputación de una actitud vengativa, ni siquiera con su máximo rival, el archiduque Carlos de Austria, a quien, según refiere Baudrillard, mandó decir en 1724 “que rogaría a Dios por su felicidad y por que el cielo le concediese un heredero que velase por la defensa de la religión”. Asimismo, supo recompensar adecuadamente a sus servidores, especialmente a aquellos que habían demostrado su valor en el campo de batalla, pero también a quienes ejercían otras funciones, como fue el caso de Farinelli, no sólo nombrado músico de cámara, sino elevado a la dignidad nobiliaria de caballero de la Orden de Calatrava.

Finalmente, hay que reconocer su acierto en la elección de sus ministros, ya que si sus primeros colaboradores le vinieron impuestos (caso de Orry, de Amelot, de Bergeyck y, en cierto sentido, de Macanaz), supo hacerse con el concurso de dos de los grandes ministros del siglo (Patiño y Ensenada), con toda otra serie de excelentes administradores (como Campillo) y con toda una plana mayor de magníficos generales (como Lede o Montemar), aunque en ocasiones se equivocase por exceso de confianza, como ocurriera con el barón de Ripperdá y, en menor grado, con el abate Alberoni. Y no es un demérito entender que, sin esta cobertura humana, su reinado no hubiese alcanzado las metas que consiguió, ya que es lo mismo que le hubiera ocurrido a Carlos III sin Esquilache, Aranda, Campomanes o Floridablanca. Por el contrario, debe ponerse en su haber el mantenimiento a su servicio de semejante plantel de buenos ministros.

De este modo, puede afirmarse que el reinado de Felipe V cumplió la misión histórica de asentar la nueva dinastía en el trono de España y de dar los primeros pasos para el triunfo del reformismo ilustrado, mediante un proceso de centralización y racionalización administrativa, de fomento de la economía y de apoyo a la difusión de las Luces, de tal modo que a la muerte del soberano, la Monarquía Hispánica había recuperado su protagonismo en el concierto de las naciones europeas. Lo que no es un mal balance para un rey melancólico.

El primer monarca ilustrado

La racionalización administrativa, el fomento de la economía y la difusión de las Luces, puestos en marcha por Felipe V, marcaron el camino del reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII

Carlos Martínez Shaw

Catedrático de Historia Moderna
UNED Madrid

EL REINADO DE FELIPE V DEBE ser considerado como el período inaugural de la implantación del Despotismo Ilustrado en España. Antes, sin embargo, de emprender su obra de gran aliento reformista, el Rey *Animoso* hubo de preocuparse por defender encarnizadamente su trono frente a los firmantes de la Gran Alianza de La Haya (Inglaterra, Austria y Holanda, a las que se unirían Saboya y Portugal), de tal modo que su primer éxito fue la consolidación de la nueva dinastía. Un objetivo que no le resultó fácil de alcanzar, ya que para ello hubo de superar una costosa guerra internacional librada contra poderosos enemigos en diversos frentes de batalla europeos y americanos, una contienda civil dirimida en el interior de los distintos reinos peninsulares, la tendencia de su principal aliado –su propio abuelo, Luis XIV, el Rey Sol– a firmar una paz separada y una complicada posguerra donde las medidas de reorganización política y de apaciguamiento social debían servir para reparar los daños y restañar las heridas dejadas por el largo conflicto. En cualquier caso, a la muerte del soberano la legitimidad de la dinastía ya no era objeto de discusión ni lo sería a lo largo del siglo, pues los Borbones eran ya tan españoles como habían llegado a serlo los Austrias. Y la dinastía perduraría en España hasta nuestros días.

Aun antes de terminada la guerra, los ministros de Felipe V habían puesto en ejecución un ambicioso plan de reformas, que debían abarcar los

Alegoría sobre el reconocimiento del duque de Anjou como rey de España, con el nombre de Felipe V, el 16 de noviembre de 1700 (Museo Nacional de los palacios de Versalles y de Trianon).





Felipe V renuncia ante las Cortes a sus derechos al trono de Francia, 1712, tras el fallecimiento de su padre, de su hermano mayor y de su sobrino primogénito. Dicen que respondió a su abuelo, Luis XIV: "Está hecha mi elección y nada hay en la tierra capaz de moverme a renunciar a la corona que Dios me ha dado: nada en el mundo me hará separarme de España y de los españoles" (litografía de Serra, siglo XIX).

campos de la administración pública, la defensa del Imperio, la economía y la vida cultural. Como método de acción, la Monarquía asumió todos los poderes para llevar la iniciativa política, reforzando su capacidad de decisión en todos los ámbitos, dotándose de instrumentos para imponer sus resoluciones en todos los rincones del territorio, marginando a las instituciones representativas y rodeándose de un equipo de fieles servidores encargados de vigilar el cumplimiento de los distintos puntos del programa.

Entre la serie de excelentes administradores brillaron con luz propia los componentes del grupo de primera hora, los franceses Jean Orry y Michel-Jean Amelot, marqués de Gournay, el flamenco Jan de Brouhoven conde de Bergeyck y el español Melchor de Macanaz, uno de los políticos más lúcidos del momento. Tras el paso por el gobierno del abate Julio Alberoni y del barón de Ripperdá, hombres más preocupados de la política internacional, Felipe V encontró las más

relevantes personalidades de su reinado, José Patiño, José del Campillo y el marqués de Ensenada, que deben incluirse en la nómina de los máximos protagonistas del reformismo del siglo ilustrado.

Reforma centralizadora

La centralización de las decisiones y el robustecimiento del poder político, característicos ambos del absolutismo setecentista, se manifestaron, primero y de manera contundente, en la marginación de los órganos representativos. Significativamente, las Cortes fueron convocadas un sola vez tras la conclusión del conflicto sucesorio (y dos más, en 1760 y en 1789, durante el resto de la centuria). En segundo lugar, en la afirmación de la autoridad de la Monarquía frente a la de la Iglesia, propiciada por la tradición regalista de la dinastía anterior y la ocasión del alineamiento papal a favor de los firmantes de La Haya, aunque siempre dentro de los límites marcados por unos intereses generales compartidos, que se plasmaron entre otros ejemplos en la actuación del Santo Oficio, vigilado y corregido en ocasiones por el gobierno, pero siempre susceptible de ser convocado frente a una eventual oposición política o ideológica. Y, por último, permitió abordar, por encima de ocasionales manifestaciones adversas (canalizadas singularmente por el *partido castizo* o *partido español*, aunque sin alcanzar el clímax del motín contra Esquilache de 1766), la racionalización de la administración central y territorial, tanto en la metrópoli como en las provincias ultramarinas.

La medida más radical y trascendente, consecuencia de la derrota de la causa austracista —abrazada por buena parte de los catalano-aragoneses— fue la importante reforma constitucional que abolía los regímenes particulares de la Corona de Aragón e integraba a sus representantes dentro de unas Cortes que no fueron españolas, por la pervivencia de la asamblea parlamentaria del reino de Navarra. Esta determinación, junto con la pérdida de las provincias flamencas e italianas, allanó el camino para la supresión de los consejos territoriales (Aragón, Flandes e Italia) y la consagración del Consejo de Castilla como el único órgano colegiado competente en materia de política interior.

A renglón seguido, el viejo sistema polisinodial fue arrinconado y sustituido por el más práctico y eficaz de las Secretarías de Estado (Gracia y Justicia, Hacienda, Guerra, Marina e Indias y Estado o Primera Secretaría), que sentaban las bases para la futura aparición, ya fuera del reinado, de un auténtico consejo de ministros y de la figura del primer ministro como responsable último ante el rey del gobierno de la Monarquía. Al mismo tiempo, la racionalización administrativa impulsaba la implantación en los distintos territorios de las Capitanías Generales, las Audiencias y las Intendencias.



Esta racionalización también llegaba al ramo de Hacienda: simplificación del mapa aduanero; reorganización de las casas de la moneda; revisión del sistema de recaudación de impuestos, aunque sin proceder a una verdadera reforma del sistema fiscal, que progresó en la Corona de Aragón gracias a la implantación de la contribución única, pero apenas afectó al anticuado y heterogéneo organigrama contributivo de la Corona de Castilla.

Y, del mismo modo que la reforma fiscal quedaba como asignatura pendiente para los reinados sucesivos, tampoco la intervención en el régimen municipal puede considerarse bajo una luz favorable: apenas afectó a los pueblos castellanos, pero produjo efectos negativos en los municipios de la Corona de Aragón, especialmente en Cataluña, donde los elementos populares, que le conferían una cierta aureola democrática, fueron sustituidos por regi-

LOS HOMBRES DEL REY

Fénelon. La educación del príncipe Felipe le fue encargada al célebre «director de conciencias» François de Saliganc y de La Mothe, escritor y teólogo más conocido como Fénelon. Cuando se incorporó a las tareas educativas de Versalles, las referencias que tenía de Felipe de Anjou, un niño de seis años, eran desalentadoras. A los conocimientos muy rudimentarios y falta de modales, se suman la pronunciación dificultosa, la entonación desagradable y la dicción lenta. Durante ocho años (1689-1697) Fénelon inculcó en Felipe de Anjou la idea de que la conducta debe regirse por una religiosidad ferviente, norma que caló muy hondo en el futuro rey de España. El tutor le adoctrinaba con unos criterios de intransigencia y restrictivos que,

del mariscal Vendôme. Giulio Alberoni, sacerdote italiano, se ganó la



confianza de Felipe V, que le nombró embajador en el ducado de Parma. Sus maniobras hicieron posible que el rey contrajera segundas nupcias con Isabel Farnesio, gracias a que logró convencer a la princesa de los Ursinos —camarera mayor de la fallecida reina María Luisa de Saboya— de que la dulzura y ductilidad de la parmesana beneficiarían al taciturno monarca. La segunda esposa de Felipe V se deshizo de la princesa de los Ursinos, pero promovió a Alberoni al capelo cardenalicio y a la jefatura del Consejo. Alberoni convirtió en prioridad nacional la colocación de los hijos de la Farnesio en los recién creados principados italianos, política que desencadenó guerras y provocó severas derrotas a las tropas españolas a manos de Francia, Inglaterra, Austria y Holanda. Alberoni fue destituido y expulsado de España en diciembre de 1719.



por exceso de celo, a menudo rayaban en lo grotesco. Pero Fénelon no se limitó a explicar religión a su pupilo, sino que concibió un innovador método pedagógico que le aleccionaba por medio de fábulas didácticas y a través de las enseñanzas que destilaba su famoso libro *Las aventuras de Telémaco*. Gracias a Fénelon, el duque de Anjou atesoró una valiosa formación literaria y un espíritu crítico hacia el ambiente de la corte.

Alberoni. Nacido en 1664, llegó a España en 1700 con el séquito

Marina y del ejército, superintendente de Sevilla y presidente de contratación de las Indias. Asimismo se le confiaron tareas como botar una flota para la conquista de Cerdeña y Sicilia o gestionar las finanzas de la guerra española en Europa. Fue uno de los hombres clave del gobierno del primer Borbón durante la Guerra de Sucesión. A su término se encargó de la organización de la Armada, llegando a ser uno de los mejores técnicos de su tiempo en asuntos navales, como demuestra la construcción del arsenal de La Carraca. A la caída del ministro universal Ripperdá fue nombrado secretario de Marina e Indias y al poco tiempo, de Hacienda. Fue el principal impulsor de la Paz de Sevilla de 1729 —que zanjaba las hostilidades de España con Francia y Gran Bretaña— y la Paz de Viena de 1731, por al que España se integraba en la Entente junto con los Países Bajos y Austria. Sin embargo, la firma en 1733 del Primer Pacto de familia desembocaba en la ruptura con Gran Bretaña y Austria, una duradera alianza francoespañola y el advenimiento de Carlos III al trono de Nápoles. Patiño además acaparó la secretaría de Guerra y la de Estado, con lo



que prácticamente ocupó las más importantes carteras del gobierno. A su talento se debió el resurgir de

la marina española. A su muerte, acaecida en el Real Sitio de La Granja de San Ildefonso en 1736, la flota contaba con 59 unidades provistas de 2500 cañones.

Campillo. Nombrado secretario de Hacienda, Marina, Guerra e Indias en 1741. Nacido en 1693, había dejado la carrera eclesiástica para ponerse a las ordenes de Patiño. A partir de aquí desempeñó un brillante periplo como superintendente de bajeles de Cantabria y co-



mo supervisor del reforzamiento de la Marina iniciado por Patiño. En 1733 ejerció en Italia de intendente de las tropas de Felipe V y a su vuelta ocupó la intendencia y el corregimiento de Zaragoza. Debido a la grave crisis financiera que atravesaba el país, remitió a la reina un pormenorizado informe sobre la caótica situación del erario, que incluía una relación de soluciones de urgencia. Campillo plasmó sus ideas en *Tratado de los intereses de Europa*, de 1741, *Lo que hay de más y de menos en España para que sea lo que debe ser y no lo que es*, de 1743 y *Un nuevo sistema de gobierno económico para la América*, donde exponía sus postulados mercantilistas y su defensa de la libertad de comercio con América, que a su vez necesitaba una reforma agraria y administrativa.



dores aristocráticos o militares. Finalmente, se reordenó el territorio americano, con la creación del virreinato de Nueva Granada y el establecimiento de la Capitanía General de Venezuela.

El respeto de los cañones

La política exterior de Felipe V estuvo condicionada por la doble conciencia del excesivo rigor de la Paz de Utrecht y de la necesidad de dotarse de los medios para una mejor defensa de un Imperio que todavía superaba territorialmente a los de las restantes potencias europeas. En este sentido, la política militar y naval de Felipe V constituyó un rotundo éxito, ya que sus resultados manifiestos fueron la creación de un poderoso ejército y la reconstrucción de una importante marina de guerra.

En lo referente a las fuerzas de tierra, cabe destacar la promulgación de las famosas *Ordenanzas de Flandes* –que imponían el regimiento como unidad orgánica fundamental del ejército español–, la creación de los cuerpos técnicos de artillería e ingenieros –con lo que se completaban las cuatro armas clásicas del ejército español– y la reorganización de las milicias provinciales como unidades de reserva en el conjunto de los reinos castellanos.

En cuanto a la marina de guerra, las medidas de mayor trascendencia fueron la propia creación de la Armada Real (tras el reagrupamiento de las diversas unidades que antes operaban separadamente, con la excepción de la Escuadra de Galeras del Mediterráneo y la Armada de Barlovento), la creación de los tres departamentos navales de Cádiz, Cartagena y El Ferrol y el establecimiento de una serie de arsenales (Guarnizo, El Ferrol, La Carraca y, en América, La

Louis-Michel van Loo fue contratado por Felipe V como pintor de cámara en 1736; llegó a Madrid en 1737 y desplegó en las postrimerías del reinado una activa labor, en la que destaca el gran cuadro *La familia de Felipe V* y varios retratos de los reyes. Fue, también, pintor de Fernando VI, en cuya corte permaneció hasta 1752 (autorretrato, pintando el retrato de su padre, el también gran pintor Jean-Baptiste van Loo, Museo Nacional de los palacios de Versalles y de Trianon).



La familia de Felipe V, retratada por Louis-Michel van Loo en 1743 (Madrid, Museo del Prado). De izquierda a derecha: la infanta María Ana Victoria, reina de Portugal por su matrimonio con José de Braganza, príncipe del Brasil; Doña Bárbara de Braganza, esposa del Príncipe de Asturias; el Príncipe de Asturias, futuro Fernando VI; el rey Felipe V; el Infante-Cardenal Don Luis, más tarde casado morganáticamente con María Luisa Vallabriga; la reina, Doña Isabel Farnesio; Don Felipe, duque de Parma; la infanta María Teresa, que se casó con Luis, Delfín de Francia; la infanta María Antonia Fernanda, que sería reina de Cerdeña por su matrimonio, en 1750, con Víctor Amadeo III, rey de Cerdeña y duque de Saboya; María Amalia de Sajonia, esposa de Don Carlos, reina de Nápoles y futura reina de España; Don Carlos, rey de Nápoles y futuro Carlos III de España. Jugando en el suelo: María Luisa, hija del duque de Parma y que, andando el tiempo, sería reina de España por su matrimonio con Carlos IV, y María Isabel, hija de Don Carlos, nacida en Nápoles en ese mismo año y fallecida en 1749.





Arriba, anverso y reverso de un dinerillo de plata, acuñado en Castilla en nombre del archiduque Carlos. Derecha, Rafael Melchor de Macanaz, uno de los políticos más lúcidos del reinado de Felipe V (Madrid, Biblioteca Nacional).

Habana) capaces de suministrar barcos en la cantidad y con la calidad exigidas para la defensa de las costas españolas y americanas y la salvaguarda de las comunicaciones entre la metrópoli y las colonias ultramarinas.

Armados con estos instrumentos (a los que debe añadirse una diplomacia igualmente renovada, aunque no en igual medida), la política se centró primero en el ámbito mediterráneo, donde se combatió con desigual fortuna por la reconquista de las provincias perdidas en Italia y por la recuperación de las posiciones mantenidas secularmente en el Norte de África frente a las potencias musulmanas.

Sin abandonar el Mediterráneo, los ministros de Felipe V, especialmente desde la asunción de la Primera Secretaría de Estado por Patiño en 1734, diseñaron la estrategia política que (salvo algún pasajero eclipse, singularmente en el reinado siguiente) habría de regir las relaciones exteriores de España a lo largo del siglo: la defensa de América y la reclamación de la integridad del territorio peninsular frente a Inglaterra, el enemigo declarado.

En ese sentido, los resultados fueron bastante positivos. La política italiana se saldó con la instauración de sendas dinastías borbónicas en los reinos de Nápoles y Sicilia, por un lado, y en los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla, por otro. La devolución de Gibraltar y Menorca no pudo conseguirse. La perseverancia de la política atlántica obtuvo la revisión de las cláusulas comerciales de Utrecht y preservó las Indias frente a la constante presión británica sobre los puntos fronterizos: se ocupó el territorio de Texas, al norte de Nueva España; se construyó el fuerte yucateco de San Felipe de Bacalar para proteger a los cortadores de palo campeche en Centroamérica; se fundó Montevideo frente a la colonia de Sacramento, en el Río de la Plata; se defendió con éxito Cartagena de Indias durante la Guerra de la Pragmática Sanción...

Por otro lado, la política africana se saldó también favorablemente con el levantamiento del cerco de



Ceuta y la reconquista de Orán, que se había perdido en el transcurso de la Guerra de Sucesión. Finalmente, en el Pacífico, se volvió a ocupar la ciudad de Zamboanga en la isla filipina de Mindanao y se reanudaron desde Manila los contactos con los países extremoorientales con la embajada al reino de Siam, al tiempo que los jesuitas se establecían en las islas Palaos, el grupo más occidental de las Carolinas.

Bases para la recuperación económica

El atraso económico fue otra de las preocupaciones prioritarias de los primeros ministros reformistas. Las encuestas de comienzos de reinado (singularmente, las respuestas a la iniciativa de Campoflorido) y las informaciones publicadas por Uztáriz y sus seguidores (el marqués de Santa Cruz de Marcenado y Bernardo de Ulloa, sobre todo) fueron la documentación de partida para concienciarse de la necesidad de emprender una política de fomento que, basada en las fórmulas conocidas del mercantilismo, permitiese el progreso de los distintos sectores de la economía.

Si la atención a la agricultura y la ganadería se hizo más vigilante en los siguientes reinados, la época de Felipe V ya llevó a cabo algunas iniciativas que habrían de tener continuidad en la segunda mitad de siglo: obras públicas, adopción de medidas proteccionistas, fundación de manufacturas reales (Fábrica de Paños de Guadalajara, de Tapices de Santa Bárbara de Madrid, de Vidrio o de Cristales de La Granja), creación de compañías privilegiadas de comercio (Compañía Guipuzcoana de Caracas y Compañía de La Habana), flexibilización del sistema de flotas y galeones heredado de tiempos anteriores y, en buena parte, anulado con la autorización de los registros sueltos a raíz del estallido de la guerra con Inglaterra en 1739...

Naturalmente, no puede decirse que la recuperación demográfica y económica, perceptible ya en esta primera mitad de siglo, fuera sólo fruto de tales medidas, pero en cambio sí puede afirmarse que la política llevada a cabo por el primer Bor-

bón contribuyó a crear un marco favorable para el crecimiento del conjunto de la economía española. Sin duda, se trató del crecimiento permitido por unas estructuras heredadas del pasado, ya que no se abordaron ni la reforma fiscal ni la transformación del sistema de propiedad y tenencia de la tierra ni la liberalización de los intercambios... De la misma manera, se trató de preservar el orden social tradicional, por lo que sólo muy gradualmente puede percibirse en este reinado un cierto proceso de movilidad ascendente entre la burguesía comercial, los gremios y el campesinado. Un crecimiento sin desarrollo que, por otra parte, continuó siendo el modelo seguido a lo largo de toda la centuria.

El fulgor de la Ilustración

El reinado de Felipe V asistió al primer gran impulso del proceso de renovación cultural de la Ilustración. Recogiendo las iniciativas de los sabios preilustrados del siglo anterior, una nueva generación de intelectuales se situó ya claramente dentro del clima espiritual del *Siglo de las Luces*. Es verdad que estos representantes de la corriente renovadora se formaron en sus respectivos círculos provinciales, sin apoyo directo de los poderes públicos, pero también es verdad que muchos de ellos fueron absorbidos o apoyados por los sucesivos gobiernos de la Monarquía.

Ésta se apropió de las tertulias para constituir academias —Academias Española de la Lengua, de la Historia, de Bellas Artes de San Fernando—, atrajo a la Corte a humanistas y científicos, y contrató a arquitectos, pintores y músicos para construir, decorar y animar nuevas y bellas residencias palaciegas en los alrededores de Madrid: remodelación del Palacio de Aranjuez y construcción del Palacio Real de Madrid y del de La Granja, a los que podría añadirse el de Riofrío, a iniciativa personal de Isabel Farnesio.



Izquierda, retrato del arquitecto italiano Filippo Juvarra, que trabajó en la corte de Felipe V trazando los planos del Palacio Real e interviniendo en la remodelación de Aranjuez y La Granja (Madrid, Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando). Abajo, mapa de Gibraltar, hacia 1740, uno de los problemas que dejó pendientes Felipe V, pese a sus intentos por recuperar la plaza (Madrid, Biblioteca Nacional).

Si la primera Ilustración no fue obra deliberada del rey y sus ministros, a ellos se debe sin duda la protección y la reconducción de un movimiento cultural de signo progresista que se consolidó con el avance la centuria, de modo que Feijóo, Mayans y todos los demás hacen posible la eclosión de la Ilustración madura de tiempos de Carlos III.

En muchos casos, fue la propia Corte la que promovió una serie de empresas culturales de envergadura: las academias militares (Academia de Matemáticas de Barcelona o Escuela de Guardiamarinas de Cádiz); relevantes centros de enseñanza superior (Universidad de Cervera, Seminario de Nobles de Madrid); y nuevas instituciones (Real Librería o Biblioteca Pública, embrión de la futura Biblioteca Nacional; Real Capilla o el reconstruido teatro de los Caños del Peral, por el que se introdujo la ópera italiana en España). Y si la Inquisición sigue al acecho o si la política cultural manifiesta alguna incoherencia o alguna arbitrariedad, tales fenómenos de ninguna manera son exclusivos del reinado de Felipe V, sino que se manifestaron a todo lo largo del Antiguo Régimen.

Para concluir, puede afirmarse que el reinado de Felipe V inaugura de forma brillante la política reformista española. Frente a los historiadores que se mostraron partidarios de reducir las grandes realizaciones a la segunda mitad de siglo, hay que decir que la apuesta inicial y decidida por el reformismo se debe al primer Borbón y sus ministros, de tal modo que la madurez del reinado de Carlos III no se hubiera alcanzado sin las semillas sembradas en esta etapa fundacional. La Monarquía de Felipe V —tanto en el terreno de la racionalización administrativa, como en el de la orientación de la política internacional, el fomento de la economía o la difusión de las Luces— cumplió con la misión histórica de poner los cimientos y señalar los caminos que había de recorrer el reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII.



La Guerra de Sucesión

Media Europa se implicó en un conflicto simplificado por la historiografía: ni todos los catalanes fueron austracistas, ni todos los castellanos, borbónicos. Es falso que se enfrentaran modernidad contra tradición o burguesía contra feudalismo. Cataluña luchó por el Archiduque, porque su bando le pareció más poderoso y más respetuoso con sus leyes y costumbres

Abajo, izquierda, Felipe V se embarca hacia Italia para contrarrestar la amenaza austríaca contra las posesiones españolas (Madrid, Museo Naval); derecha, el archiduque Carlos representado en un naípe inglés (Madrid, Biblioteca Nacional). Página derecha, Felipe V a caballo, con escena de guerra al fondo; este retrato ecuestre, pintado hacia 1724, configuró la imagen oficial del rey, pese a que está claramente idealizado: por entonces, con cuarenta años de edad, había engordado y mostraba ya los primeros signos de sus depresiones (por Jean Ranc, Madrid, Museo del Prado).

Rosa M^a Alabrús Iglesias
Profesora de Historia Moderna
Universidad Autónoma de Barcelona

LA GUERRA DE SUCESIÓN constituye el hito más trascendental del largo reinado de Felipe V. Desde la muerte de Carlos II hasta el mítico 11 de septiembre de 1714, en que cayó Barcelona, el último baluarte austracista, ante las tropas borbónicas del mariscal Berwick, transcurrieron catorce años de guerra intermitente que implicó a las principales potencias europeas del momento y que dividió a los españoles entre sí en una sangrienta guerra civil. La Guerra de Sucesión de España fue pionera respecto a las múltiples guerras de sucesión que se produjeron en Europa a lo largo del siglo XVIII (la de Polonia, 1733 a 1738; la de Austria, 1740 a 1748), pero sobre todo fue la primera guerra civil que afectó a todos los españoles.



Los conflictos por cuestiones sucesorias hasta entonces sólo habían tenido alcance regional: recuérdese la Guerra de Sucesión en Castilla, de 1475 a 1479.

La relevancia de la Guerra de Sucesión traspasa sus propias fronteras cronológicas. El foso de separación entre las dos Españas, la austracista y la borbónica, tardó en llenarse. El exilio de catalanes, aragoneses y valencianos posterior a 1714 estuvo vigente hasta 1725, con el primer Tratado de Viena, y jamás se superaron las difíciles relaciones provocadas por la guerra entre Felipe V y los catalanes. Desde 1714, los efectos políticos generados por las Leyes de Nueva Planta marcan un antes y un después en la Historia de España.

Las vueltas de la fortuna

¿Cuál fue la trayectoria de la guerra? Tras el testamento de Carlos II que otorgaba la sucesión de





Principales líneas de las campañas españolas de la Guerra de Sucesión (por Enrique Ortega).

España al duque de Anjou –Felipe V–, se produjo como reacción la Gran Alianza de La Haya (1702) que integraría en el bloque de los austracistas, partidarios de la candidatura del Archiduque Carlos, a Inglaterra, Holanda y Austria. Portugal y Saboya se sumaron al bloque aliado más tarde. La guerra en la Península Ibérica propiamente dicha no comenzaría hasta abril de 1704 y el punto de partida fue la presencia del archiduque Carlos en Lisboa, donde previamente estuvo conspirando Jorge de Hesse-Darmstadt, ex virrey de Cataluña y hombre clave en el proceso de confrontación bélica entre austracistas y borbónicos. El manifiesto de Évora a favor de Carlos desató la declaración de guerra, con la invasión inmediata de Portugal por parte de Felipe V.

Después, la reacción estratégica de Carlos fue abrir un frente militar en Cataluña. Jorge de Darmstadt intentó un primer asalto a Barcelona, que fracasó en mayo de 1705. Ante la situación, los austracistas abrieron otro frente alternativo: el andaluz. Allí, la primera iniciativa fue la conquista de Gibraltar. Pese a las discrepancias dentro del bloque

austracista, la guerra se deslizó hacia el frente catalán. La revuelta de los llamados *vigatans* en Cataluña preparó el terreno para la firma del Tratado de Génova entre los catalanes e Inglaterra (junio de 1705), que sirvió de pórtico al sitio de Barcelona que finalmente terminó con la victoria austracista de octubre de 1705, aunque también con la muerte de Darmstadt. A partir de este momento, la guerra cambió de dimensión. El Archiduque ejerció en Cataluña de rey con el nombre de Carlos III y el austracismo se consolidó en todo el Principado, a pesar de un intento de reconquista de Barcelona por Felipe V, en abril de 1706.

Los años más optimistas para Carlos fueron 1705 y 1706, hasta el punto de que en diciembre de este último lanzó una ofensiva desde Portugal para conquistar Madrid, lo que logró en junio de 1707. Paralelamente, los franceses fueron asimismo derrotados en Ramilliers y se producía la rendición de Amberes, Ostende y Turín.

Pero en abril de 1707 se produjo la derrota austracista en Almansa; sería una derrota catastrófica que supuso más de 10.000 prisioneros y otros tantos muertos. La inversión de la situación fue total. Felipe V tomó Lérida (noviembre de 1707) y suprimió los fueros de Aragón y Valencia, lo que originó

una enorme avalancha de exiliados valencianos y aragoneses hacia Cataluña.

Después, ya nada sería igual. Los austracistas lograron frenar el avance francés, salvando Gerona (octubre de 1709); consiguieron la legitimación pontificia tras no pocas vacilaciones (junio de 1709); en apoyo de Cataluña acudió el mariscal Stahrenberg; conquistaron Menorca, derrotaron a los franceses en Lille, Malplaquet, Almenara y Zaragoza (agosto de 1710)... Incluso el rey-archiduque, recién casado con Isabel de Brunswick, se permitió el lujo de entrar de nuevo en Madrid, en septiembre de 1710. Pero sería una ilusión vana: las derrotas austracistas de Brihuega y Villaviciosa, y la muerte de José I, el emperador y hermano de Carlos, cambiaron la situación de política.

Barcelona se queda sola

La apertura de la opción del Imperio para Carlos, la nueva ofensiva borbónica en Cataluña, con el asedio y toma de Gerona (enero de 1711), la progresiva apatía inglesa en relación con sus compromisos adquiridos (los *whigs* cayeron en 1710) y la poca coordinación entre las propias tropas austracistas marcarían decisivamente el declive. En octubre de 1711, Carlos dejó España y fue nombrado emperador con el nombre de Carlos VI. Desde ese momento hasta el 11 de septiembre de 1714, cuanto ocurrió era previsible. El Tratado de Utrecht demostró que, una vez satisfechos los intereses económicos que la habían introducido en la guerra, el apoyo de Inglaterra al bloque austracista ya no tenía sentido (la publicística austracista posterior a Utrecht y

Rastatt recrimina a los ingleses su conducta así como su aproximación a Francia).

La regencia de Isabel de Brunswick en Cataluña a lo largo de 1712 fue una ficción política cargada de buenas intenciones personales. En junio de 1713, los austracistas lograban el acuerdo de Hospitalet, por el que los borbónicos les permitían la evacuación de sus tropas. Ante estos hechos, los catalanes se dividieron entre los partidarios de la entrega honrosa de la sitiada Barcelona y los de la resistencia épica. No sólo hacían reproches a Inglaterra sino también al Emperador, cuya actitud en aquellos momentos fue de gran ambigüedad. A Cataluña no se le dejó otra opción que la resistencia a ultranza.

La obsesión anticatalana de Felipe V está bien probada; incluso Luis XIV había escrito varias veces a su nieto, a partir de agosto de 1713, manifestándose partidario del bloqueo de Barcelona y contrario a un asedio; todavía en julio de 1714 le dictó esta recomendación: “Estoy muy lejos de proponerles que les devolváis sus privilegios, pero concededles su vida y todos los bienes que les pertenezcan, tratadles como a súbditos a los cuales estáis obligados a conservar y de quienes sois padre y a quienes no debéis destruir”. Ni siquiera estas inte-



Arriba, el pretendiente archiduque Carlos de Austria. En octubre de 1711, dejó España para hacerse cargo del trono imperial con el nombre de Carlos VI. En Cataluña permaneció su esposa, Isabel de Brunswick, a lo largo de 1712, pero aquello fue sólo una ficción política cargada de buenas intenciones personales. En junio de 1713, los austracistas lograban el acuerdo de Hospitalet, por el que los borbónicos les permitían la evacuación de sus tropas y Barcelona se quedó sola. Abajo, las tropas borbónicas de Vendôme, uno de cuyos cuerpos era mandado por Felipe V, atraviesa el Po, el 25 de julio de 1702. El rey se distinguió en la campaña de Italia por su actividad y arrojo (Madrid, Servicio Geográfico del Ejército).



Arriba, el duque de Orleáns asalta Lérida en 1707. Abajo, cabecera de un pliego de coplas dedicadas en Barcelona al archiduque Carlos: “Memorables aplausos que la nación catalana dedica a su rey Carlos III (que Dios guarde). Viva la casa de Austria. Barcelona ya ha levantado el Somatent contra Felipe, diciéndole que regrese a Francia, puesto que ya no cabe esperanza de que le lleguen refuerzos. Velazquillo, gitanyillo, ya puedes volver a Cádiz, si no quieres que en Cataluña, toda la gente, enfurecida, te acabe de matar” (Barcelona, Arxiu Històric de la Ciutat).



ligentes recomendaciones de su poderoso abuelo lograron convencer al obstinado Felipe.

Lecciones de la guerra

De la Guerra de Sucesión y de sus consecuencias cabe extraer varias lecciones. La primera es que fue una contienda contemporánea en el sentido de que enterró los criterios caballerescos de las guerras del siglo XVI y la ideología religiosa del Barroco. Fue una guerra de intereses coyunturales y estos determinaron su trayectoria. Como ha recordado Henry Kamen, si Cataluña apostó por el rey austria, contradiciendo lo que había hecho en 1640, fue –aparte de la defensa de sus Constituciones– porque creyó que el bloque aliado era más fuerte militarmente que el borbónico y pensó que los intereses británicos podían coincidir con los suyos a la hora de romper el monopolio castellano en el comercio americano. Sin duda, influyeron también en la configuración del austracismo catalán las torpezas del virrey Velasco y la poca mano izquierda del propio Felipe.

La más significativa experiencia de la guerra la obtuvo el campesino ampurdanés Sebastià Casanovas: “En caso de que en algún tiempo hubiese algunas guerras que de ninguna de las maneras se aficionen con un rey ni con otro sino que hagan como las matas son para los ríos, que cuando viene mucho agua se doblan y la dejan pasar y después se tornan a alzar cuando el agua es pasada; pero no aficionarse con ninguno que de otra manera les sucedería mucho mal y se pondrían en contingencia de perderse ellos y todos sus bienes”.

La segunda lección que debe extraerse de la guerra es su complejidad. Se ha simplificado demasiado diciendo que la guerra fue la confrontación entre la Corona de Castilla, borbónica, y la de Aragón, austracista. Aunque el austracismo fue limitado en la Corona de Castilla, las recientes investigaciones de V. León apuntan hacia una proyección de éste fuera de los territorios de la Corona de Aragón mayor de lo que hasta ahora se había pensado. Los austracistas castellanos fueron, en general, aristócratas descontentos con el nuevo gobierno “al modo de Francia”; es decir, contrarios a la influencia francesa en las decisiones de gobierno y al progresivo desplazamiento del Consejo de Estado, bastión

de la aristocracia. Sonada fue la desertión del almirante de Castilla, que en 1703 abandonó la corte de Felipe V para reunirse con la del Archiduque en Lisboa. En 1705, el conde de Cifuentes estuvo reuniendo partidarios en Aragón. Henry Kamen supone que las abrumadoras deudas de ambos magnates influyeron en tal opción.

Pero la gran mayoría de súbditos de la Corona de Castilla que se unieron al Archiduque lo hicieron durante la ocupación de Madrid por las tropas aliadas. Algunos habían tenido, durante el reinado de Carlos II, una opinión favorable al austriaco, caso del conde de Oropesa. Otros, en cambio, habían luchado por el duque de Anjou, al que ahora abandonaban, como el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, o Antonio de Ulloa, que había sido secretario de despacho del primer Borbón.

Resulta dramática la situación de la reina viuda de Carlos II, Mariana de Neoburgo, que vivía en Toledo, apartada de la Corte. El manifestar fidelidad a su sobrino el Archiduque le costó el confinamiento en el Sur de Francia, donde permaneció treinta años. Algunos nobles que se incorporaron tarde al austracismo, como el duque de Medinaceli o el marqués de Leganés, murieron en prisión.

La Corona de Aragón fue mayoritariamente austracista. El conde de Aguilar, aristócrata castellano que presidía el Consejo de Aragón, anunció en el decisivo Consejo de Estado que debatió, en 1700, el testamento regio a favor de la casa de Borbón, que una decisión tomada en Castilla no sería aceptada en Aragón. La misma idea tenía el almirante de Castilla. Para decirlo con sus propias palabras:



LOS CRONISTAS

La importancia histórica que tuvo la guerra es pues, indiscutible. Lo discutible es la valoración de las razones de unos y otros contendientes. Las fuentes son, obviamente, parciales. Las grandes crónicas felipistas de la guerra fueron las obras de Vicente Bacallar, marqués de San Felipe (editada en Génova en 1725), Nicolás Belando (1740), el conde de Robres (no se editaría hasta 1882) y José Miñana (1752). Los autores austracistas principales son Narcís Feliu de la Peña, con sus *Anales* (1709), y Francisco de Castellví, con sus *Narraciones Históricas* (en proceso de edición a cargo de la Fundación Elías de Tejada). La visión de la guerra es muy distinta en función del mirador en el que nos situemos. La polarización no está exenta, en cualquier caso, de matices. Las fuentes borbónicas no son iguales en su grado de felipismo. La obra de Bacallar, incluso, fue retirada por orden explícita del rey Felipe V y la crónica de Belando chocaría con la Inquisición. También Feliu y Castellví representan dos posiciones distintas dentro del austracismo. El primero representa al austracismo histórico, con un proyecto económico definido; el segundo, que escribe desde su exilio de Viena, manifiesta más voluntad de halagar a Carlos VI, antes archiduque Carlos, que de expresar las reivindicaciones catalanas.

“si el rey llegaba a su corte, por el Betis y el Tajo, afirmaría su trono; pero si lo hacía por el Ebro y el Segre no podría permanecer en él”.

¿Castilla frente a Cataluña?

La animadversión entre castellanos y catalanes estuvo siempre presente en la publicística de la guerra, pero hasta en los momentos de mayor exaltación (1705-06), el discurso austracista catalán no rompió con España. Sólo en el momento final (1713-14), después de la partida del Emperador hacia Viena, la firma de Utrecht y el consiguiente vacío institucional se planteó la opción de un reino o república independiente de Cataluña bajo la protección de Austria.

Conviene, en cualquier caso, insistir que el austracismo de la Corona no fue en modo alguno unánime y, además, fue tardío. Los alineamientos en el felipismo o austracismo de las ciudades catalanas obedecen a factores aleatorios, en muchos casos. Josep M^a Torras Ribé ha subrayado que “los diversos municipios eran compartimentos estancos que actuaban de una manera absolutamente autóctona”. Cervera fue felipista porque sus rivales Anglesola, Guissona y Agramunt se proyectaron hacia el otro bando; Berga, por oposición a Cardona; Manlleu y Monzón se inclinaron por el Archiduque... El localismo fue una realidad indiscutible.

La movilidad en la fidelidad de las ciudades resultó, también, evidente. El comportamiento resistente final de Barcelona, Solsona, Cardona o Sabadell tiene poco que ver con el de ciudades como Lérida, Girona e

incluso Vic. Hay una Cataluña austracista y una Cataluña felipista (Cervera, Borja, Manlleu, Ripoll, Centelles), pero también hay una Cataluña indefinida. Hasta 1705, lo que estaba en juego no era la alternativa libertades-absolutismo; sólo a partir de 1713-14 puede vincularse el austracismo a las expresiones radicales de defensa de la tierra y de la patria catalana (Núria Sales).

En los primeros años de su reinado, Felipe V tuvo poca oposición en Cataluña. Sólo se constata un ferviente constitucionalismo receloso ante cualquier transgresión que pudiera suponer el cambio dinástico. Hasta 1703, no empieza a sublimarse el nombre de Carlos III, muy al hilo del desarrollo internacional del conflicto, y sólo a partir de 1704, con la gobernación de Velasco, se apostó decididamente por la candidatura de Carlos. Pasados los años de gloria (1705-06), las grietas comenzaron a ensancharse dentro del austracismo catalán.

Modernidad y tradición

La bipolarización de las dos Españas –Castilla versus Corona de Aragón– debe, pues, matizarse. Tampoco parecen adecuados los análisis que inciden en la dualidad entre la modernidad y la tradición. La nobleza castellana, muy opuesta a las directrices reformistas de raíz francesa que traía Felipe V, apostó, sin embargo, mayoritariamente a favor del de Anjou. En Aragón y Cataluña, la nobleza fue en su mayor parte austracista, pero en Valencia fue proborbónica. El rey-archiduque promovió una política de ennoblecimientos que generó una escalada de advenedizos que, a la postre, provocarían la decepción en la vieja nobleza aferrada a su origen.

El clero se dividió también. La modernidad del galicanismo borbónico sentó mal al alto clero y, de hecho, Clemente XI en 1709 se definió a favor de



Arriba, duque de Marlborough (el famoso *Mambrú se fue a la guerra...*), el mejor general al servicio del Imperio durante la Guerra de Sucesión española (Madrid, Biblioteca Nacional). Abajo, Felipe V entrega en Toisón de oro al duque de Berwick, vencedor en la batalla de Almansa, que cambió el curso de la guerra (por Jean-Auguste-Dominique Ingres, Madrid, colección Duques de Alba).



Isabel Cristina de Brunswick, recibida en Barcelona por su esposo, el archiduque Carlos, el 28 de julio de 1708 (grabado austriaco contemporáneo, por Paulus Decker, Barcelona, Arxiu Històric de la Ciutat).



Carlos. Sin embargo, en Castilla, los felipistas contaron con el apoyo de los jesuitas, de algunos obispos como el de Santiago y el de Murcia y de la mayor parte de los párrocos que, en contraste con el clero regular, fueron proborbónicos.

En Cataluña, la actitud del clero fue más compleja. Inicialmente fue felipista –aunque los franceses siempre vieron con recelo las posiciones del clero catalán–; de hecho, todas las sedes episcopales fueron controladas por Felipe V, salvo las de Barcelona y Solsona. A partir de 1705, la situación cambió: la presión del bajo clero fue radical y quedaron vacantes casi todas las diócesis catalanas y la mayor parte de las abadías y monasterios.

Por otro lado, la posición pontificia dividió al alto clero: Spínola, nuevo nuncio, llegó a Cataluña en 1711, cuando el rey Carlos estaba a punto de marcharse. La Junta eclesiástica establecida por Carlos seguía una política regalista similar a la de Felipe, que toparía con los intereses de los canónigos –cuya pretensión era monopolizar las rentas de las sedes vacantes– y de los frailes, que asimismo deseaban las abadías vacantes. Carlos nombró a dos obispos –de Vic y Tarragona– pero su único hombre de confianza entre el alto clero fue el obispo de Solsona, Francesc d’Orda. En el momento de la resistencia

final de Barcelona al asalto borbónico, el Brazo Eclesiástico se inhibió, negándose a dar su apoyo a la decisión final de oponerse al ejército invasor. En cambio, el bajo clero y algunas órdenes religiosas dominicos y mercedarios principalmente, seguidos de algunos carmelitas y agustinos, colaboraron y alentaron al pueblo en la defensa a ultranza de Barcelona.

La dicotomía entre el alto y el bajo clero fue radical y el felipismo del primero tendió a confrontarse con el austracismo del segundo. El radicalismo

social del bajo clero se proyectó en contra del poder, fuese cual fuese la dinastía que los representase en cada momento y lugar. Las acusaciones de herejía fueron mutuas entre los dos bandos y sirvieron como ejercicio de contraposición ideológica constante entre ambos contendientes.

Detonante social

Respecto a la burguesía, es tendenciosa la imagen que muchas veces se ha dado de un austracismo burgués frente a felipismo feudal y tampoco es convincente la imagen contraria. Esto es, la creencia de que el austracismo estaría vinculado a los sectores económicos partidarios de la promoción de tejidos importados de Inglaterra, mientras que los borbónicos serían los reivindicadores de la producción textil autóctona. Parece que la burguesía austracista catalana jugó a favor de los intereses comerciales angloholandeses, que intentaron romper el monopolio andaluz del comercio atlántico. Pero la división de grupos de presión fue evidente: dentro de esta burguesía se enfrentaron Barcelona con Mataró y la Lonja de Mercaderes con el Consejo de Ciento.

Lo único que la publicística de la guerra evidenciaría es el debate sobre quién –Francia o Inglaterra– había de controlar la economía de España, Cataluña y las Indias. La contienda, con su terrible desgaste, frustró en cualquier caso las expectativas atlantistas de la burguesía comercial catalana.

Parece que el pueblo castellano fue muy felipista. La reina María Luisa escribirá a Madame de Maintenon que “se ha visto perfectamente en esta ocasión que después de Dios es el pueblo a quien debemos la Corona... no podemos contar mas que con ellos, pero gracias a Dios lo hacen todo”. El pueblo catalán, por el contrario, fue austracista beligerante, con especial intensidad en los momentos de radicalismo de 1713-1714.

La Guerra de Sucesión fue, en definitiva, el gran detonante que pondría en evidencia la temperatura interior de las diversas clases sociales y obligó a todos a definirse y alinearse.

En conclusión, con el nuevo siglo que se abría en 1701, empezaba otra época, otro régimen político, otra dinastía, otro sistema de valores. Aquella dialéctica centro-periferia de los Austrias, basada en el principio de la heterogeneidad estructural, dio paso a la uniformidad del modelo borbónico. Los problemas de identidad se aparcaron en beneficio del funcionalismo más pragmático. La política fue devorada por la economía en el marco de una monarquía sin lastres imperiales, que caminó por la senda del Despotismo más o menos Ilustrado. Pero las hipotecas de la Guerra de Sucesión siguieron pesando; las heridas generadas por las Leyes de Nueva Planta no se cerraron, y la tentación de mirar atrás nunca pudo ser plenamente controlada.

La batalla de la tradición y la modernidad en apariencia fue ganada por los Borbones, pero, ¿la modernidad representada por los Borbones fue la mejor de las posibles alternativas a los retos históricos de 1700? y ¿la uniformidad impuesta ha podido enterrar la original invención hispánica?

Tuvo suerte Felipe V en sus matrimonios: María Luisa Gabriela de Saboya fue una reina discreta, resuelta, firme y generosa; Isabel Farnesio, una mujer entregada a su marido e hijos, y una gran mecenas, que se trajo a España a los artistas más distinguidos de la época

Gloria A. Franco Rubio

*Profesora Titular de Historia Moderna
Universidad Complutense*

FELIPE V CONTRAJÓ MATRIMONIO EN DOS ocasiones. Sus esposas fueron mujeres bien distintas, pero coincidieron en un punto: ambas antepusieron la voluntad real sobre cualquier otro objetivo, sacrificando sus propias necesidades y deseos y adaptando su personalidad a la complicada psicología del monarca. Con ambas, y con los hijos que le proporcionaron, formó un agradable entorno familiar y logró una compenetración conyugal en la que era corriente el intercambio de opiniones, incluidas las de carácter político; sobrevivió a la primera, dejando viuda a la segunda tras largos años de matrimonio.

Aunque oriundas de pequeños Estados italianos, de escaso relieve en la escena internacional y a pesar de los momentos de tensión y guerra que les tocó vivir en España, las dos actuaron como reinas de una monarquía poderosa, ejerciendo el poder y participando en el gobierno junto a su esposo, o en su nombre, como regente o gobernadora.

Su primera esposa fue María Luisa Gabriela de Saboya, con apenas trece años, cuya dulzura y afabilidad pronto conquistaría a los españoles, ganándose rápidamente la confianza del rey. Hija del Duque de Saboya y hermana de María Adelaida, la esposa del Delfín francés, había nacido en Turín el 16 de septiembre de 1688. El matrimonio había sido concertado por la diplomacia francesa siguiendo los planes de Luis XIV para su nieto y su reino. Fue una boda por poderes celebrada majestuosamente en Turín, como correspondía a la mujer que iba a convertirse en reina de la monarquía española.

A su llegada a España, por deseo expreso de Luis XIV, fue sometida a la tutela de la Princesa de los Ur-

Dos mujeres para un rey

sinos, quien se encargaría de asesorarla en el papel que iba a desempeñar y con la que acabaría compenetrándose, sintiendo hacia ella un gran afecto. Los primeros días de su matrimonio transcurrieron en Barcelona, que entonces era un hervidero de conspiraciones –a favor del archiduque Carlos, rival de Felipe V– y de antipatía popular contra los franceses por parte de la población. Las inquietantes noticias llegadas del extranjero y el deseo de Felipe de viajar a Italia para conocer a sus súbditos provocaron la salida del rey, dejando a María Luisa como Regente de España y Lugarteniente de Aragón.

En abril de 1701, con solo catorce años, tuvo que hacerse cargo del gobierno de un país que muy pronto entraría en guerra. De Barcelona viajó a Zaragoza, asistiendo a las Cortes y produciendo una grata impresión en los aragoneses, que le ofrecerían un donativo de cien mil pesos, que ella aceptó para enviárselo al rey y con ello sufragar los gastos de la guerra. A finales de mayo, se trasladó a Ma-

Felipe V, con atuendo de cazador, a los 29 años (por Miguel Jacinto Meléndez, Madrid, Museo Cerralbo).



Arriba, **María Luisa Gabriela de Saboya**, primera esposa de Felipe V. “No puede decirse que es bella, ni ponderar la regularidad de sus facciones o la perfección de sus miembros (pero) cuando habla, anímase como por encanto y descubre nuevos méritos. Su extraordinaria juventud, su aire franco, el timbre simpático de su voz, su carácter firme y resuelto, todo agrada a primera vista y justifica las alabanzas de que está siendo objeto” (grabado, Madrid, Biblioteca Nacional). Abajo, **Luis I**, en 1717, con diez años de edad (por Michel-Ange Houasse, Madrid, Museo del Prado). Era hijo de María Luisa Gabriela de Saboya; Felipe V abdicó en él, en 1724, cuando contaba 17 años de edad, pero falleció medio año después. Sus relaciones con su madrastra, Isabel Farnesio, fueron excelentes.



drid para asumir las tareas gubernativas que se le habían encomendado.

Desde entonces se dedicaría plenamente a dos tareas: participar en la Junta de Regencia atendiendo los asuntos del gobierno y asistir a las funciones religiosas, a las que muy pronto añadió una tercera, salir al balcón del Alcázar para proporcionar noticias a los madrileños sobre el curso de la guerra. El momento más amargo que entonces le tocó vivir fue el asedio de la ciudad de Cádiz por los ingleses, y para poder resistirlo no dudó en ofrecer sus propios bienes para la compra de armamento, lo que le ganó la simpatía popular.

Cuando volvió el rey, en enero de 1703, encontró no una niña sino una mujer capaz de desempeñar la Regencia en unas condiciones adversas, de las que, no obstante, había salido airosa. Desde aquel momento toda su atención se centró en su marido –al que nunca dejaría de escuchar y aconsejar– y, poco después, en sus hijos.

Más tarde viviría momentos especialmente delicados, causados por la contienda. Con el Gobierno y la corte, hubo de abandonar dos veces Madrid ante el avance triunfal de las tropas enemigas. En la primera ocasión, el 1 de junio de 1706, María Luisa tuvo que afrontar los hechos ella sola, ya que Felipe se hallaba en Pamplona: abandonó Madrid y se trasladó a Burgos, de donde no regresarían hasta primeros de octubre. En 1710, la segunda entrada de los austracistas en Madrid, le exigió una nueva retirada, con su marido y su hijo Luis, dirigiéndose todos a Va-

lladolid, donde permanecerían varios meses. Otra vez se granjeó el fervor popular borbónico, al ofrecer sus bienes personales a la Hacienda Pública para hacer posible la reconquista de la capital.

En agosto de 1707, la reina había tenido a Luis, el primogénito; en julio de 1712, a Felipe y un año más tarde, a Fernando. María Luisa Gabriela de Saboya murió pocos meses después, cuando solo tenía 26 años. Su matrimonio precoz y los dos últimos embarazos, tan seguidos, vinieron a deteriorar una salud que nunca había sido muy buena. El tercer parto y un prolongado padecimiento de escrófulas en la cara y el cuello mermaron su resistencia y, a pesar de los esfuerzos médicos –el famoso Helvetius se trasladó a Madrid para visitarla–, no pudo hacerse nada, falleciendo el 14 de febrero de 1714.

Mala prensa

A diferencia de la buena imagen transmitida por los testimonios de los contemporáneos sobre María Luisa, los comentarios de la época y la historiografía existente siempre han insistido en resaltar de Isabel Farnesio, la segunda esposa de Felipe V, toda una serie de aspectos negativos, como su capacidad de intriga, su exagerada ambición o su absoluta dominación de la voluntad del rey, sin recordar que, al mismo tiempo, tuvo que plegarse a los numerosos caprichos y deseos de su marido, afanándose por hacerle la vida agradable y compartir sus aficiones. Por eso, le acompañaba a cazar –despertando la admiración de los presentes por su puntería y destreza en el manejo de las armas– incluso estando embarazada, le preparaba constantes audiciones musicales, o le



buscaba otros entretenimientos que pudieran mitigar sus períodos de melancolía. Ni siquiera cuando Felipe V decidió abdicar en su hijo Luis, apartándose del poder, ella osaría discutir tal decisión o llevarle la contraria, a pesar del riesgo que podía acarrear en el futuro de su numerosa prole.

Isabel, hija de Eduardo Farnesio, Duque de Parma, y de Sofía de Neoburgo, había nacido en Parma el 25 de octubre de 1692, recibiendo una esmerada educación en la que se incluía el dominio de varios idiomas –latín, francés, toscano–, estudios de Gramática, Retórica, Geografía e Historia, conocimientos de baile, música e interpretación –tocaba el clavicordio–, y lecciones de pintura a cargo del pintor P. Avanzini, mostrándose una alumna aventajada y realizando a los once años su primer cuadro, una *Virgen con el Niño*.

De la corte familiar, tan aficionada al arte, la música y el teatro, heredó el gusto por el mecenazgo y el coleccionismo, lo que le llevaría a transformar las residencias reales –sobre todo, el palacio



de La Granja– en verdaderos museos, y a convertirse en una de las mayores propietarias de objetos artísticos en toda España.

El matrimonio de Felipe V con Isabel Farnesio no fue negociado por Luis XIV, como había ocurrido con el anterior. Fue Felipe V, sin contar con su abuelo, quien encargó a la Princesa de los Ursinos la búsqueda de nueva esposa y ésta se dejó convencer por el abate Alberoni de que la princesa parmesana, de veintidós años, era la candidata más idónea, a la que definió como “princesa sumisa, obediente, sin deseos de mando, a la que no le gusta mezclarse en los negocios de la nación ni en las intrigas que rodean a un trono”.

Su enfrentamiento con la Princesa de los Ursinos y la camarilla francesa provocó comentarios bien distintos. El duque de Saint-Simon, embajador de Francia, escribió: “¡Cuántos defectos reunidos! Sin talento, sin discernimiento, vana sin dignidad, avara sin economía, disipadora sin liberalidad, falta sin sutileza, embustera antes que reservada, violenta sin valor, débil sin bondad, miedosa sin prudencia, sin ningún talento, a excepción del de imitar sin gracia a las gentes; su risa aflige, sus relatos aburren, sus bromas matan; implacable en el odio, celosa e ingrata en la amistad que nunca ha conocido; insaciable en sus deseos, ciega en sus intereses e incapaz de aprovechar siquiera la propia experiencia”.

Lo que diga la Reina

En su viaje a España, a través de Francia, Isabel se entrevistó con su tía, la reina viuda Mariana de Neoburgo, con la que mantendría a partir de entonces una continua correspondencia, eligiéndola como



Arriba, retrato de Felipe V, pintado al pastel en 1721 por su esposa, Isabel Farnesio, que se había formado pictóricamente en las clases de Pietro Antonio Avanzini (Real Sitio de La Granja de San Ildefonso).

Izquierda, Isabel Farnesio, con un libro en la mano, en el que aparece un retrato de Felipe V; es el grabado de Pierre Drevet, hecho a partir del retrato que Rigaud hizo del rey antes de que saliera de Francia para ocupar el trono (por Miguel Jacinto Meléndez, Madrid, Biblioteca Nacional).

LAS DOS REINAS, VISTAS POR SUS CONTEMPORÁNEOS

María Luisa de Saboya “era de talla pequeña pero había en toda ella una elegancia notable. Su fisonomía conservó largo tiempo una expresión infantil pero muy diligente, en una agradable muestra de ingenuidad y de gracia pueril. La condesa de Crevecoeur, en sus *Memorias*, dijo de ella: no puede decirse que es bella, ni ponderar la regularidad de sus facciones o la perfección de sus miembros (pero) cuando habla, anímase como por encanto y descubre nuevos méritos. Su extraordinaria

juventud, su aire franco, el timbre simpático de su voz, su carácter firme y resuelto, todo agrada a primera vista y justifica las alabanzas de que está siendo objeto” (*Comentarios de la Marquesa de La Rocca*).

El embajador duque de Saint-Simon escribía acerca de María Luisa de Saboya: “sus gracias, su presencia de espíritu, la precisión y la cortesía de sus breves respuestas, su discreción, causaron sorpresa en una princesa de su edad e infundieron grandes espe-

ranzas a la Princesa de los Ursinos”.

Felipe V fue, también, afortunado con su segunda esposa: “La reina continuamente halaga al monarca en su amor propio, exaltando el mérito de su persona. Se esmera en complacer al Rey, no le contradice nunca y aprueba siempre lo que él indica... atrayéndolo insensiblemente y como por magia a la realización de su voluntad, como si esta fuera la suya propia”. (Marqués de Torcy, acerca de las relaciones de Isabel Farnesio con su marido).

madrina de su primogénito y convirtiéndose a su muerte en heredera universal (gracias a la mediación de su sobrina, la viuda de Carlos II pudo vivir en España los últimos años de su vida, 1738-40). Fue, precisamente, Mariana de Neoburgo quien la predispuso en contra de la Princesa de los Ursinos, al alertarla sobre la influencia que ejercía sobre su marido. Desde el primer encuentro con Felipe –al que no ocultó su independencia de criterio con la expulsión de la Ursinos– se adaptaría a sus intereses, manías y deseos y no se separaría de él en ningún momento.

Le acompañaba a todas partes, incluso a las reuniones de los Consejos, lo que provocó una absoluta dependencia del monarca que siempre la escuchaba y consultaba. Su fuerte carácter y su influencia sobre Felipe V hicieron de ella una mujer poderosa a la que se temía y respetaba, sobre todo cuando el monarca atravesaba períodos de abulia y ella tenía que mantener el ejercicio del poder en la más pura tradición del absolutismo. Su injerencia en los asuntos gubernamentales, en materia de política interior o internacional, le proporcionó grandes satisfacciones, como la posesión de territorios para sus hijos y matrimonios muy ventajosos para sus hijas.

En cuanto a los hijos de su marido, parece que simpatizó sobre todo con Luis, al que apoyaría siempre, incluso en sus problemas conyugales, y muy poco con Fernando. Muy pronto los suyos propios vinieron a desarrollar en ella ese instinto maternal por el que se le ha adjudicado una ambición desmedida. Muy unida a ellos durante toda su vida,

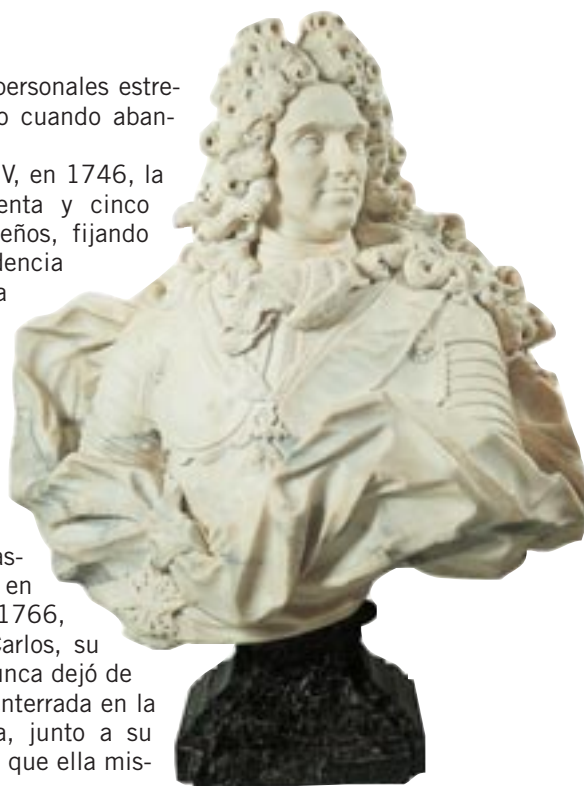


mantendría relaciones personales estrechas con todos, incluso cuando abandonaron la corte.

La muerte de Felipe V, en 1746, la dejó viuda con cincuenta y cinco años y dos hijos pequeños, fijando desde entonces su residencia en el Palacio de La Granja y viviendo retirada del poder. Regresó de nuevo en todo su esplendor en 1759, cuando su hijo, el futuro Carlos III, la nombró Regente de la monarquía, en tanto él llegaba desde Nápoles. Hasta su muerte, ocurrida en Aranjuez en julio de 1766, Isabel vivió cerca de Carlos, su hijo preferido, al que nunca dejó de amar y aconsejar. Fue enterrada en la Colegiata de La Granja, junto a su marido, en un cenotafio que ella misma ordenó edificar.

Además de su plena dedicación a la familia, Isabel tuvo tiempo para dedicarse a otra de sus aficiones preferidas: el coleccionismo artístico. Reunió una valiosa colección con más de novecientos cuadros, a lo que habría que unir las esculturas de los fondos que habían pertenecido a la Reina Cristina de Suecia, además de numerosas porcelanas, tabaqueras, cajas, relojes, abanicos y joyas. Su librería, una de las primeras bibliotecas femeninas de las que se tiene constancia, tenía veintidós armarios con más de ocho mil volúmenes, en su mayoría libros impresos en francés y español, que versaban sobre poesía, teatro, ciencia política, historia, libros de viajes, novelas, obras religiosas y de piedad y numerosas publicaciones periódicas.

Gracias a ella, se trasladaron a España los mejores artistas –arquitectos (Procaccini, Rusca, Bona-vía, Juvarrá y Sachetti), pintores (Ranc) y escultores– de la época para realizar las magníficas obras artísticas que caracterizan su reinado. La misma llegada de Farinelli no solo supuso un verdadero bálsamo para la debilitada salud del monarca, sino también, el triunfo de la música en la Corte.



Arriba, **Felipe V, hacia 1721 (busto esculpido en mármol por René Frémin, Madrid, Palacio Real)**. Abajo, **Isabel Farnesio con su primogénito, Carlos, en brazos, 1716-17 (por Miguel Jacinto Meléndez, Córdoba, Palacio de Viana)**.

Para saber más

- ANES, G., *El Siglo de las Luces*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.
- CALVO POYATO, J., *Felipe V, el primer Borbón*, Barcelona, Plaza y Janés, 1992.
- FERNÁNDEZ, R., *Manual de Historia de España. El siglo XVIII*, Madrid, Historia 16, 1993.
- KAMEN, H., *Felipe V, el rey que reinó dos veces*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.
- LYNCH, J., *Historia de España. El siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1991.
- V.V. A.A., *El Real Sitio de la Granja de San Ildefonso. Retrato y escena del rey*, Patrimonio Nacional, Madrid, 2000.
- VIDAL SALES, J. A., *La vida y la época de Felipe V*, Barcelona, Planeta, 1997.